



SÁTURA

INTRODUCCIÓN

Llamo *sátura* á estos articulejos por no llamarlos ensalada, nombre de cocina que me repugna; porque yo, pese al ingenio que se derrocha poetizando salsas y legumbres cocidas, no puedo resistir que se me hable de comida cuando no tengo apetito; transijo á lo sumo con el *menú* ordinario de las bucólicas de Teócrito y otros poetas de églogas é idilios; pero de ningún modo con las literaturas pringadas de D. Angel Muro; el cual, sin duda, se hará inmortal con sus guisotes, tan sazonados como llenos de solecismos, pero no llegará jamás á ser ni un Lhardy ni un Homero.

Digo *sátura* y no sátira, porque siempre será esto mezcla de varios ingredientes, y tal es el sen-

tido directo de la palabra en su acepción primitiva, y no siempre será satírico lo que tenga que decir. Aún añadiré que será satírico las menos veces que yo pueda; porque hemos llegado al reinado de la buena *burguesía* literaria, la cual, desde los tiempos más remotos, pasando por los de Jorge Dandin y M. y Mad. Jourdain, y llegando á los de Bouvard y Pecuchet y de doña Emilia Pardo Bazán, *esa Bubarda* y *Pecucheta* (1) (como diría ella *castizamente*), española, jamás gustó del género satírico, y siempre prefirió el ingenio inflexible, que nunca se humilla al chiste y á la gracia, á la burla discreta, porque se lo impiden sus principios y la natural impotencia.

Yo podría citar á ilustres representantes de nuestra mesocracia reinante, y aun de nuestra democracia incipiente, los cuales ni saben lo que es hacer reír, artísticamente, ni saben por qué nos reímos á veces de ellos, ni creen que se vaya á ningún fin práctico por medio de las cuchufletas. Mi propósito es seguirles el humor á estos señores, y para ganar su voluntad preferiré al género satírico, que para medrar no sirve, las tretas ordinarias con que muchos escritores consiguen fama

(1) No es que yo compare á los *heroes* de Flaubert en talento é ilustración con la señora Pardo Bazán; la semejanza la veo en el carácter universal de las aptitudes respectivas, y en la variedad de ensayos.

de polígrafos, y polígrafos serios, incapaces de decir chistes ni nadá realmente cómico, lo cual es miel sobre hojuelas.

*
* *

Volviendo ahora á lo de *sátura* diré que no es mala ensalada la que ha hecho doña Emilia Pardo (Bouvard) Bazán (Pecuchet) con la novela *realista*, la novela *espiritualista*, el *Escándalo* de Alarcón y el porvenir próximo del género novelesco.

Es una lástima que doña Emilia, ya que no quiera ó no pueda consagrar á estas materias el estudio y la reflexión necesarios, insista en tratarlas tomando como sustitutos del buen gusto, de la perspicacia y del juicio profundo, la ligereza, el barullo y la mala intención.

Con motivo, ó mejor con el pretexto, ó á *pretexto* (como ella dice donde no debe decirlo) de examinar *La Fe*, la última novela de A. Palacio, hinca el *venenoso aguijón*, como dicen los clásicos (que también dicen eso del *diablo lo añasca*, como doña Emilia, pero no decían *pretencioso*, porque eso lo *añasca* doña Emilia, no los clásicos), hinca el aguijón en el novelista inocente, que no le ha hecho á doña Emilia más agravio que el de ser más leído y comentado que ella por

público y críticos extranjeros, y el de perdonarle á la dama todos los alfilerazos pretéritos, presentes y futuros, sin pararse á pensar en ellos.

Para pinchar á Palacio, se le antoja á la crítica gallega añascar lo siguiente: no hay originalidad en la *Fe*; si á Armando P. Valdés se le ha ocurrido tratar de asuntos religiosos en sentido *idealista*, es porque no hace más que imitar á Pérez Galdós. «Así como la *Espuma* era *hija*, hasta en sus errores (estilo *Bouvard*), de la *Montálvez*, puede decirse que la *Fe* procede directamente de *Angel Guerra*.» Pues no puede decirse tal cosa, señora mía, doña Pecucheta, porque á mí me consta que, cuando escribió la *Fe*, su autor no había leído *Angel Guerra*, ni aun muchos meses después; y no es cosa segura que lo haya leído todavía. ¿Por qué se echó á adivinar doña Emilia? Para poder decir enseguida así: «Esta influencia de los maestros en los discípulos, *de los mayores en los menores*, tiene tanto de natural como los parecidos en las familias.» Entendido, y autos. Pero, sin ver que no hay congruencia con lo anterior, la escritora añade inmediatamente: «El pensamiento individual *se moldea* (1) y adapta á

(1) Según la Academia á que quiere pertenecer la P. Bazán, moldear es hacer molduras, y moldearse no es nada.—*Moldearse á* «no puede significar nada, efectivamente.»

(se moldea á) (?) las sutiles, pero irrecusables (?) imposiciones del pensamiento general (estilo Pecuchet).» Ni doña Emilia quiso decir *irrecusables* precisamente, ni eso guarda relación lógica con lo que precede; porque si el pensamiento *individual* de Palacio, sigue al pensamiento *general*, ya no sigue á Galdós; y si sigue á Galdós, no había para qué hablar, por vía de confirmación, de la influencia *sutil* del pensamiento general. Á menos que, por mortificar más á Palacio, la Pardo quiera que éste se contente con ser *lo individual*, y que Galdós sea *lo general*.

Doña Emilia no vé lo ridículo fácilmente; pero aquí lo ridículo es tanto, de tal bulto, que debe de verlo. ¿No le hace reír á ella misma una afirmación tan rotunda? «*La Fe* procede de *Angel Guerra*,» constando como consta, porque yo lo aseguro bajo palabra de honor, y basta, que el que escribió *La Fe* no había leído *Angel Guerra* al escribirla. Lo que no diré es que la consecuencia que doña Emilia saca de esa afirmación se viene al suelo; porque la consecuencia, por falta de lógica, no tiene nada que ver con la afirmación.

Ello sea como quiera, doña Emilia asegura que asistimos en España á una reacción en favor de la novela realista-espiritualista; que esta reacción se ha iniciado en Francia *al influjo* de la novela rusa (y por otras influencias, señora, que estudian

los autores que de esa *reacción* tratan), y que venimos á parar en que la novela hispana ha vuelto á *situarse* (estilo Bouvard) en el terreno que *le señalara* Alarcón en *El escándalo* y *El niño de la bola*.

¡Así habla la autora de la *Cuestión palpitante*, de ese libro que para el vulgo sirvió en España de Código del naturalismo, en lato sentido; de ese libro que anda por ahí con un prólogo mío, del cual ya me arrepiento!—Por cierto que doña Emilia apenas tenía derecho, en la nueva edición de su obra, para reproducir mi prólogo, habiéndose ella colocado tan fuera del derecho de gentes en sus relaciones literarias conmigo.—Quiere decirse que toda la *evolución* literaria contemporánea ha servido para volver al ideal *señalado*, al *terreno señalado*, por *El escándalo*. Comprendo que gusten y hasta que gusten mucho, *El escándalo* y *El niño de la bola*; pero ver en ellos modelos para el presente, ideales y normas de una transformación progresiva, aunque *reconstructiva* del arte, es... una ligereza, un verdadero contrasentido.

Pero, en fin; ya no se trata de lo que sea verdad sino de lo que á doña Emilia se lo parece. Quedamos en que *El escándalo* y *El niño de la bola*, son tan grandes obras, que *vuelven* á ser normas del arte después de larga evolución; la verdad, la

de hoy, por lo menos, estaba en esas obras... Pues ahora viene lo más gracioso. Al decir tales cosas doña Emilia, olvida que pocas páginas más atrás había escrito lo siguiente, al ofrecernos el resumen de los méritos de Alarcón: «Entiendo (como Bouvard) que algunos de sus *Cuentos* y de sus *Viajes*, no tienen *par*, en nuestras letras. (No quiere decir *par*, como es natural que no quiera decirlo, tratándose de *algunos* de sus escritos). Creo que de sus novelas—*sin que lleguen á tanta altura*—no puede prescindir la historia del renacimiento glorioso de este género en la segunda mitad de nuestro siglo. Añade que Alarcón vivirá más por la *forma* que por el *fondo*.»

De modo que las novelas de Alarcón son obras secundarias, no llegan á la altura de los *Viajes* y de los *Cuentos*, y sin embargo, las coloca en calidad de modelos de momentos posteriores en la evolución literaria, mérito insigne que les daría, de existir, el carácter de *fresca eternidad* que tienen los modelos constantes, como la *Iliada*, la *Comedia*, etc., etc. ¿Y qué es lo mejor en Alarcón? «La *forma*.»

¿Pero es á la forma de Alarcón á la que volvemos? No; porque en eso reconoce la Pardo que se ha cambiado y adelantado; volvemos al *realismo espiritualista*, y eso no es cuestión de forma, sino de fondo. De modo, que el *renacimiento glorioso*

de la novela española toma, después de los años mil, como punto de parada *donde situarse*, novelas que son cosas secundarias en su autor y que más se distinguen por la *forma* que por el *fondo*. Bien se vé que doña Emilia se contradice, y que *el diablo lo añasca*. En cuanto á que *El escándalo* sea obra *realista-espiritualista*, diré que no es una contradicción; sino un absurdo.

*
* * *

Pero todas esas son tortas y pan pintado en comparación de esto otro.

Para demostrar que Armando Palacio no sabe entender á los filósofos, dice la *crítica* que á Schopenhauer le ha entendido « como la *turbamulta* de lectores, creyendo que conduce á la desesperación, siendo así que, como dice Wagner (el músico) (?) es *clarísimo*, y conduce á un término de esperanza completamente acorde con las más sublimes afirmaciones religiosas.

Vamos por partes; porque aquí hay, no sólo gazapos, sino herejías.

Ante todo, doña Emilia; ¿ha leído á Schopenhauer, ó ha leído lo que Wagner dice de Schopenhauer?—Yo he leído á Schopenhauer, y decla-

ro que no es tan claro como dice Wagner ó como dice doña Emilia. Y me fundo, entre otras razones, en que el mismo Schopenhauer confiesa que su obra (*El mundo como voluntad y como representación*) necesita « para que su pensamiento pueda ser bien comprendido, *que se lea el libro dos veces*; » y añade: « la primera vez será necesario armarse de paciencia, por lo cual pido al lector que me crea, bajo mi palabra, si le afirmo que el principio del libro supone el conocimiento del final, casi tanto como el final supone el conocimiento del principio. » Después, Schopenhauer nos previene « contra la aparente claridad del texto. » « Secree haber entendido, y no hay tal cosa. »—Me parece á mí, señora Pardo, que un libro que hay que leerlo dos veces para entenderlo; que parece claro y no lo es, no representa el sistema *clarísimo* de que se nos habla. Pero hay más: Schopenhauer exige para que le entiendan... « *lo mejor posible* » toda esta preparación, que no sé si habrá tenido la paciencia de procurarse doña Emilia, ni aun el mismo Wagner:—1.º Hay que leer previamente la introducción á la obra; pero esta introducción no está en la obra misma; es un volumen aparte, y se titula « De la cuádruple raíz del principio de la razón deficiente. » 2.º Hay que conocer, entender, antes de empezar á estudiar *El mundo como voluntad, etc.*, las principales obras de Kant.

Las cuales, muchas ó pocas, no me dirá doña Emilia que son *clarísimas*, pues aun hoy se disputa sobre el modo de interpretarlas. Si doña Emilia me asegura que la *Crítica de la razón pura*, que ella leyó de joven (supongo que habrá vuelto á leerla), es como el agua clara... le diré que no ha entendido la *Crítica de la razón pura*, algunos de cuyos traductores no la han entendido tampoco por completo. De suerte, que vayan ustedes atando cabos, y díganme si es *clarísimo* el sistema de Schopenhauer.

Pero la misma doña Emilia nos da un argumento: Si tan claro es el sistema, ¿por qué no lo entiende la *turbamulta* de lectores que, según ella, lo entiende precisamente al revés? Y téngase en cuenta que la *turbamulta* que puede leer á Schopenhauer, no es una *turbamulta* como la que puede leer *La Correspondencia*; el mismo Schopenhauer lo dice: «Mi lector es también un filósofo.»

Esto, por lo que toca á la claridad. Ahora viene lo más fuerte. Según doña Emilia, la filosofía de Schopenhauer no es *pesimista*; llega á un *término de esperanza*. (1) ¿Á un *término* de esperan-

(1) En sus *Parerga* el filósofo pesimista nos advierte que la dicha que podemos procurarnos con las reglas que él nos da, es precaria, pues el resultado final ya se sabe que es el dolor.

za la filosofía que pone el ideal en el *nolite vivere*, en el aniquilamiento de toda voluntad? Doña Emilia me obliga á recordar vulgaridades, porque niega su verdad evidente. ¿No declara Schopenhauer que la *cosa en sí* (es decir, Dios nada menos para los cristianos), no tiene el contenido que le suponemos, que el *noumeno*, en lo que no es representación nuestra, no tiene más realidad que la que nosotros *queremos* que tenga, y que siendo esta apariencia de realidad mala, pésima, el ideal está en aniquilar la voluntad, en *no querer*; por lo cual la belleza nos seduce, puesto que su contemplación es desinteresada?

¡Y de un sistema así, dice doña Emilia que al *término* da la *esperanza*! ¡Y es una esperanza completamente acorde con las más sublimes afirmaciones religiosas! Ahí está la herejía, que lo diga el mismísimo P. Muiños. El sistema de Schopenhauer es *clarísimamente* ateo (para quien entienda que Dios puede decir *Ego sum qui sum*), y doña Emilia encuentra las *esperanzas* de ese sistema *en perfecto acuerdo con las verdades religiosas*; es decir, con el catolicismo; pues ella es católica y para ella las verdades religiosas son las católicas.—¿Para quién escribe la señora Pardo Bazán?

¡Á dónde llega doña Emilia por trabajar de prisa, sin pensar lo que dice, y pensando sólo en

mortificar á un escritor, diciéndole que no ha entendido á un filósofo *clarísimo!*

Yo sí que aconsejo, con la mayor buena fe, á doña Emilia, que se deje de filosofías. Su *horror* á la psicología (de que ahora parece arrepentirse, porque teme á la *moda*) le sienta mejor que sus veleidades filosóficas, y está más en armonía con la gran ignorancia de estas cosas que supone el colocar, como ella hizo, á Maine de Biran entre los psicólogos nuevecitos, como si fuera un Bergson, un William James, un Paulham.

Semejante anacronismo demuestra que doña Emilia no conoce ni la filosofía del tiempo de Maine de Biran ni la de ahora. Si conociese la de ahora, sabría que existe una cosa que se llama «la *inhibición psicológica*,» y recordando lo que es, no hubiese creído que *inhibirse* de entender en un asunto es... meterse á juzgarlo.—Para doña Emilia, inhibirse viene á ser como meterse en cama de once varas... ó en *filosofías prietas*.

*
* *

Por último, doña Emilia, que estaba de mal humor estos días, echa sobre los españoles en general el sambenito de ser enemigos de los viajes.

Enemigos de viajar y de escribir acerca de sus viajes.

No piensan lo mismo insignes sociólogos y naturalistas extranjeros, entre ellos Darwin y Spencer, que tanto han leído de viajeros españoles, y que citan á menudo á Oviedo (*Historia general y natural de las Indias*), Garcilaso de la Vega, Clavijero, Molina, Simón, Herrera, Cieza de León, Arriaga, Jiménez, Piedrahita, Díaz del Castillo, Palacio, Sahagún, Torquemada, Zurita, Ácosta, el famoso Costa, tan elogiado por un gran geógrafo alemán; Gama y tantos y tantos otros, muchos de ellos españoles, otros de raza española, muchos de ellos viajeros, otros historiadores, arqueólogos, etc. que á viajeros de su nacionalidad deben los datos de sus descripciones y narraciones.

No, no se puede acusar al español de sedentario ni de enemigo de describir lo que vé, si esta afirmación es general, si se aplica á todos los tiempos y regiones, como doña Emilia parece hacerlo. Menos amigos de salir de su casa son los franceses, y ellos mismos lo confiesan; y, sin embargo, la señora Pardo puede recordar varios nombres ilustres de viajeros de esa nación. Si se hubiera detenido á *determinar* más su censura, hubiera podido ser justa y exacta. *

*
* *

Para concluir, diré que, por lo mismo que reconozco importancia al *Teatro Crítico* de la señora Pardo Bazán, suelo examinar su contenido, para contribuir de vez en cuando á que tengan menos pernicioso efecto los errores que se *deslizan* en una obra cuya influencia principal se ejerce sobre la *turbamulta* de lectores; la que no es capaz de comprender á Schopenhauer, que, por lo demás, es *clarísimo* y uno de los más acendrados ortodoxos.



BIZANTINISMO

¡Bizantinismo!

Esta es una de las palabras de que más se ha abusado; tanto, que un *bizantino*, cansado de oír repetirla, estuvo muchos días discurriendo con qué sustituirla, y por fin encontró este sinónimo: «constantinopolitanismo» que ofrecía la ventaja de tener á su vez sustituto, á saber; *estambulismo*. Pero constantinopolitanismo, aunque en rigor palabra muy apropiada á la cosa, tenía el inconveniente de presentar graves dificultades de pronunciación á los diputados *utilitarios* que quieren menos discursos y más carreteras (en su pueblo particularmente) y suelen ser tartamudos. Estas hormigas parlamentarias y regionales, son las que más suelen usar la palabreja de autos, y llaman